

Santiago de Compostela y la Cidade da Cultura de Eisenman/Perea



El cambio de gobierno en la Comunidad Autónoma de Galicia no ha supuesto la detención de las obras de la gigantesca Ciudad de la Cultura patrocinada por Fraga Iribarne –una especie de testamento edificado a la manera de la Grand Bibliothèque parisina de Mitterrand–, pese a las críticas recibidas.

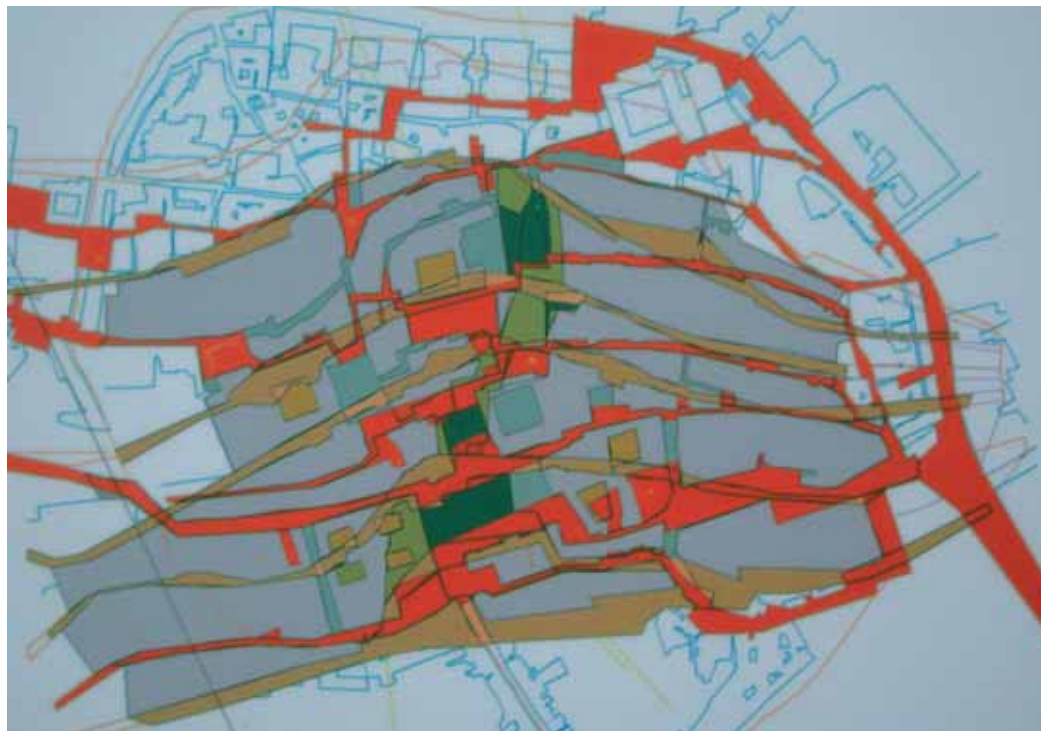
El proyecto ideado por Eisenman (el proyecto de ejecución y la dirección de obra es de Andrés Perea), un conjunto de edificios semienterrados y de cubiertas suavemente curvadas e inclinadas, se erige en el Monte Gaiás, a 1.500 m de la estación de Renfe y a poco más de la plaza de Galicia.

Las dimensiones son gigantescas: la superficie total de la actuación cubre 69 ha de las que la zona edificada y urbanizada supone algo menos de la tercera parte (22 ha), extensión similar a la del casco histórico compostelano. Su construcción ha supuesto un desmonte de 1,6 millones de m³ (el equivalente a 7,3 m de espesor sobre una superficie de 22 ha, 500 x 440 m), de los que aproximadamente el 55% será reutilizado.

La superficie ocupada por la edificación se extiende a unos 61.000 m² distribuidos en seis edificios. Se prevén tres aparcamientos, uno en superficie con cerca de mil plazas para automóviles y 67 para autobuses y dos subterráneos con un total de 640 plazas.

El coste total estimado se elevará a unos 350 millones de euros. Se prevé una inauguración parcial en 2008 aunque el final de las obras se dilatará hasta el 2012.

Quizá lo más sorprendente, aparte de las cifras que acabamos de resumir, es la relativa indefinición programática en torno al destino final de cada edificio. Se prevén los inevitables grandes museos (Museo de Galicia, Centro de Arte), Centro de Recursos escénicos, Biblioteca, Archivo de Galicia y Edificio de Servicios Generales. Este ambicioso programa contrasta con la



política llevada a cabo durante los dos últimos decenios (ver *Urban* n.º 12) de recuperación de contenedores históricos y de inserción de pequeñas o medianas piezas de arquitectura contemporánea en el casco histórico o en su periferia inmediata: polideportivo de Kleihues, Museo de Arte Contemporáneo de Siza, Biblioteca del Estado del propio Perea, aparcamiento y paseo de Piñón y Viaplana, Auditorio de Cano Lasso, etc.

¿Tiene Santiago de Compostela, ciudad en torno a los cien mil habitantes, capacidad de consumo cultural para todos los equipamientos urbanos además de para esta gigantesca operación periurbana? ¿No supondrá la financiación de la Ciudad de la Cultura y sus gastos de funcionamiento/gestión una carga demasiado pesada para la ciudad y el gobierno autónomo, que sólo podrá hacerse a costa de descuidar el resto de los equipamientos culturales de las demás ciudades y villas gallegas, incluyendo el propio centro urbano de Santiago?

Desde el punto de vista territorial la Ciudad de la Cultura significa un marcado cambio de rumbo. Se rompe decididamente la escala peatonal del casco histórico y la lógica de la continuidad/compactibilidad del conjunto de la fábrica urbana a favor de las lógicas de la fragmentación y la discontinuidad y de su derivada obligatoria, el uso necesario del automóvil o de algún otro medio mecanizado de transporte. El complejo cultural, aunque relativamente próximo, se erige al otro lado de la circunvalación, que discurre por el valle del Sar. En su ladera hay una zona de edificación diseminada (Picaños, Cruceiro do Sar).

De momento no se ha ideado ninguna conexión sencilla salvo el típico enlace umbilical con la red viaria interurbana (Autopista del Atlántico). Incluso su acceso desde el cercano polígono de Fontiñas es difícil y muy poco apto para el tránsito peatonal.

Estas cuestiones se piensa serán postergadas por el efecto mediático que conllevará la inauguración del macroedificio, en la estela de lo que el “efecto Guggenheim” ha supuesto para Bilbao. En todo caso este tipo de cálculos de corte economicista no deberían oscurecer los interrogantes urbanísticos y medioambientales suscitados.

R. L. de Lucio